



## CUANDO LAS HOJAS DE LA NOCHE ESPERAN QUE TODOS DUERMAN PARA CRECER

FRANCISCO MASSIANI

Te juro por Dios santo que no puedo volver a clases. Palabra. Ya no puede ser. Estoy completamente, pero completamente... no es mentira. Es verdad. De verdadita. Estoy listo, estoy, te juro que me reventaron. Me liquidaron. No puedo, Dios mío! Y lo peor: saber lo que es querer horriblemente. Sabes lo que significa pero querer más allá de todo lo que te imaginas a tu papá y a tu mamá? Lo sabes? Sabes lo que es llorar cada vez que te imaginas que ellos, que tiene que pasar, y que ellos, y que tú, pero me entiendes? Dios mío! Ella estaba ahí, comprendes? No comprendes lo que quiero decirte? Sabes lo que significa que ella haya estado ahí? Me haya mirado? Sabes lo que es eso? Trata de entenderlo, por favor, te lo ruego: ella ahí, cerca de tí, y tú sintiendo, y tú con esos ojos, con esos ojos enormes pegados de tu cara. Sus ojos. En tu cara. Sus ojos grandísimos. En tu cara. Achicharrándote la cara. Y todo el mundo mirándote, comprendes? Comprendes bien? "Dígame, cómo podría resolverse esta ecuación?" Y los ojos. Y la gente mirándote. "Dígame, como podría..." Y ella justo ahí. A milímetros, a sólo un pedacito de ti. Con sus ojos. Sus ojos azules. Sus ojos más azules que, Dios mío! Azulísimos, cerquita, esos ojos que son como preguntas. Te juro. Como preguntas azules. Como si el cielo completo se tragara el agua. Como si el cielo entero se preguntara algo en el agua. Ves? Una pregunta del cielo en el agua. Eso. Sus ojos. Y lo vio todo. Lo miraba todo. Completamente todo. Comprendes? No sé si me entiendes: pudo ver como yo estaba reventado y seguía riéndose. Comprendes? Se reía. Se rió. Y sabes lo que es reírse? Bueno, Se reía. O sea que abría la boca y se reía y seguía riéndose y todo el mundo y ella y más y más risas, me entiendes? No. En serio. Estoy destrozado.

Listo. Ya está. Y tengo a papá y a mamá, entiendes? Y yo no quiero hacerle daño a nadie. Te juro. A nadie. Ni siquiera a mí. Entiendes? Sabes lo que significa que tú ni siquiera tengas ganas de hacerte daño a tí? Lo sabes? Dios mío! cada vez que pienso que ella estaba ahí. Que lo vio todo. Que se reía. Que se reía más y más y yo ahí, llorando. Dios mío! "Pero qué le pasa?" preguntaba el hijo de puta. "Qué le pasa? Cálmese". Cálmese. Cálmese. Te das cuenta? Te dicen: cálmese. Ellos. Te lo dicen. Te juro que te lo dicen. Y además te ponen una mano en la espalda y la voz muy suave y de tan un golpecito muy suave y todo es suave entonces y con buenos y te están comprendiendo todo, toda tu vida entendida en esos tres golpecitos suaves y en esa voz muy suave que te dice: "Cálmese, vamos, cálmese". Y entonces como tu no eres tan puta como ellos se imaginan, como tú no dices: "Sí, está bien, perdone profesor", entonces el generoso profesor comienza a sentirse un poco raro y te dice: "Pero qué le pasa. Vamos a ver. Vamos a hablar sinceramente". Pero dime. Dímelo. Dime si alguna vez en tu vida, si esos tipos, si alguna vez esos, si maldita sea, alguna vez estos hijos de puta se han interesado realmente por ti. Por algo. Dime, en serio: Cuándo? Dime cuándo te han preguntado: Oiga usted, José: Qué siente cuando está solo? Por qué de repente, en el medio de la calle, siente que se le abre la tierra y se lo traga? Por qué no le gusta estudiar? Qué le interesa en la vida? Qué quiere conocer de la vida? Está enamorado? Por qué siente tanto miedo en hablarle? Pero qué coño tiene que ver la gramática con el miedo, por ejemplo, en serio, el miedo a pensar. Eso. A pensar. Solamente. A pensar. Miedo, Terror. Sabes lo que significa eso? Bueno: óyelo. A pensar. Me da terror pensar. Por qué Por qué Dios mío? Provoca gritar: Señores! Carajo! Pero es que alguna vez en tu vida...? Jamás. Lo sé. Te enseñan a orinar? Te enseñan a besar? Dime: te han enseñado a besar? A aguantar un peo? Y sabes lo que es tener que aguantar un peo toda una mañana para que no se sienta el olorcito? Lo sabes? Terminas con el estómago destrozado. Eso. Porquería. Nada más. Me entiendes? Cochinadas. Ni siquiera. Te juro que ni siquiera, ni eso. Por que imagínate. Te ruego que te imagines que estás con una muchacha: bueno. Ahí con ella. Estás cagado. Uno siempre está cagado con una muchacha bonita. Tu lo saber. Bueno. Estás con ella en yo no sé dónde y ella está muy bonita y está sentada al lado tuyo y tu no sabes qué carajos hacer. Bueno. Entonces, sabes lo que haces? Te lo voy a decir: dices la estupides más grande que has dicho en toda tu vida. Dices cosas como el calor, las clases, o qué exámenes tiene, o qué hiciste el domingo... Sabes que creo que uno a veces se aburre porque nunca dice lo que quiere decir? Palabra. Uno viene,

se encuentra con ella, la saluda, qué hubo, la invita, y después le pregunta si no ha visto a fulano de tal. Me entiendes? Uno nunca dice, ni siquiera, te juro que ni siquiera a su mejor amigo. Por eso uno está cansado. Comprendes? O tu nunca te cansas cuando hablas? Bueno. Es por eso: nunca nos contamos lo que realmente queremos contarnos, comprendes? y por eso la gente apenas abre la boca se comienza a sentir mal y cada vez más y peor y no sabe qué hacer y mueve las piernas y se rasca y fuma y sigue como enfermo, como si algo se le estuviera muriendo por dentro, y cada vez es peor, hasta que viene, se despide, y se va. Pero por eso. Ni siquiera sabemos hablar, entiendes? Y esta gente quiere que tu aprendas matemáticas. Pero señores! Para qué me sirven las matemáticas? Por qué no me enseñan a sentarme? Por qué no me enseñan a dormir? Por qué no me cuentan qué es un sueño? Y eso lo hacemos todos los días: Cagamos todos los días, dormimos todos los días, caminamos todos... Tu sabes caminar? Sabes respirar? No! En serio! No hablo en broma. A veces cuando estoy en clases de cualquier inmunda clase que esté oyendo, vengo y me pongo a pensar: ahora te enseñan matemáticas. Y después te enseñan historia. Y después dónde meter el complemento directo. Y mientras pienso que después me van a enseñar dónde meter el complemento directo, pienso que mi vida toda se va a ir en clases. Porque saca la cuenta. En serio. Ven y saca la cuenta. Y ves que son cinco años muriéndote en el liceo. Y después cinco años más o siete en la universidad. Y nunca te enseñan a orinar. Y el complemento directo no te ayuda a conversar con una muchacha, me entiendes? Claro. Y eso lo llaman vida. Pero sabes una cosa? Dime: palabra. Hablando lo más seriamente posible. Dime: esa vida, cuándo la vas a conocer? Cuando termines la universidad? Después de diez años? Y eso es lo que pienso, vez? y mientras pienso en todas esas cosa veo ahí, casi que puedo tocarla, una hojita con sol, otra con una gotica de agua, y veo que la gotica de agua pesa sobre la hoja, y la hoja tiembla un poco, y de repente la gotica se resbala hasta la punta de la hoja, y la hoja queda caída, y de repente la gotica se suelta de la hoja y cae al jardín, y la hoja vuelve a subir temblando, temblando un poco, y después queda quieta, tranquila, y el sol la quema poco a poco. Comprendes? Y mientras ves todo eso, el tipo con nicotina te asoma sus malditos dientes y con una tiza roja te enseña dónde poner el verbo, dónde el complemento directo. Desgraciados! Me gustaría preguntarle al muy maldito si sabiendo dónde carajos está el complemento directo voy a poder conocerla, voy a poder comprenderla. Malditos, Desgraciados. Es para matarlos. Te lo juro. Para colgarlos a todos, incendiar todos los liceos, todas las malditas universidades, todos los malditos profesores, todos. Compren-

des? Claro que no todos. Seguro que hay más de uno que quiere enseñar algo más que el complemento directo, ves? Pero a ese tipo seguro que lo tienen por loco. Así son las cosas. Segurito que lo llaman el loquito tal. Estoy segurito. Francamente: raíz cuadrada de dos, y tu asustado porque comienzas a pensar que mañana tiene que verla y no sabes qué vas a hacer cuando la tengas contigo. Y raíz cuadrada de tres, y piensas en los líos que tu mamá y tu papá y la vaina del dinero y que en casa no hay mucha plata y que esta quinceena... Y suma de raíz cuadrada de dos, más paréntesis cuatro raíz cuadrada de tres. Y vienes y piensas. Siguen pensando, y de repente comienza a darte el sudor, ese sudor a terror a pensar, a pánico a pensar, y quieres salir corriendo, quieres volar, y estás sentado, no puedes moverte, hasta que por fin suena el timbre, y ves que todos los tipos comienzan a salir entre risitas y empujones, hasta que por fin tu sales, y sigues con ese miedo, y el miedo comienza a picarte en las manos, a perseguirte las piernas, y entonces corres. Corres como loco. Uno dos tres cuatro. Corres más. Cada vez más. Corres y piensas que nada sacas con correr, pero tampoco pueden quedarte quieto, corre carajo, te persigue las piernas, pegado a tu cuerpo quemándote de miedo y saltas y respiras y corres. Dale. Tienes que llegar. Antes. Ajo. El autobús. Párate. Desgraciado. Cuidado. Puedes caerte. Cuidado. Dale. Dios mío. Dame más fuerzas. No dejes que el miedo me agarre dame más fuerzas para correr más que el miedo. Cuidado. Salta, Corre más. Corre. Dale corre. Y el miedo. Ahí. Agarrándote. Ahí. Hasta que por fin te deja libre y te suelta y puedes descansar llorando contra un árbol. Comprendes? Fíjate: estás en tu cama. A punto de dormirte. Entonces, o en el pupitre, o en el baño. Entonces te pones a imaginar que vas sobre una carreta, las carretas del Oeste. Y de golpe los malditos caballos desaforados rompen las cuerdas y saltan. Y la carreta sigue sola. Comprendes? Por un camino y se desvía de un camino. Y tu todo lo ves desde arriba como si lo estuvieras filmando desde alguna nube. Y ves que la carretera donde estás amarrado hasta las uñas de los pies, va directa hacia un gran precipicio y al fin llega al borde de la meseta y se manda hacia abajo. Bueno. La picazón en todas partes. Esa cosa como mordiéndote, como cambiándote el corazón por los riñones y los riñones por el hígado y estás todo revuelto y a la vez como con ganas de algo, pero unas ganas malas, unas ganas malas de algo que no saber qué diablos pide, y tienes que levantarte, y moverte, y después correr, y correr más, y respirar, y correr, y una vuelta, y dos y tres y cuatro vueltas a la manzana, y piensas que estás loco, que alguna vez no podrás correr que alguna vez el miedo te tragará del todo que nada sacas con sacudirte el cuerpo bailando los autos a

pleno sol trescientos metros más y entonces crees que te estás volviendo loco de remate y sabes que no estás loco, que es ese miedo, el terror a pensar, y por fin te agotas, y logras dejar cansado al miedo más atrás de ti, el miedo muriéndose de cansancio, tirado contra un poste, botando espuma, destrozado, y tu en cambio tiene aun fuerzas para llegar hasta la otra esquina, y ahí esconderte por alguna calle, y por fin respiras contra la pared. Respiras. Dios mío. No aguanto. Estoy acabado, Respiras. Te sientes un poquito mejor. Un poquito. Sólo un poquito. Y caminas. Te vas a tu casa. Y saludas a tu mamá. A tu papá. Te echas en la cama, y te preguntas hasta cuándo. Hasta cuándo vas a aguantar. Muerto. Destrozado. Y cuando has respirado más de media hora, un poco de valor para levantarte, quizás al abrir la puerta, te está esperando otra cosa: un avión que imaginas cargado de pólvora y el avión explota, y entonces vuelve a darte la picazón, esa cosa, esa maldita vaina se te va regando por el cuerpo y te lo va quemando poco a poco. No. Por favor. Te lo juro. Te juro que es para matarse. Por eso. Comprendes? Te decía que ella, que sus ojitos. Porque cuando podía mirarlos o recordarlos, si estaba en el cine, o en tu casa, o en cualquier parte, podías imaginar mil aviones cayéndose, mil carretas cayéndose, miles de cosas horribles, y no te agarraba el miedo. Comprendes? Podías imaginarlo igual, pero era como ver una mala película que no te la tragas. Que a pesar de que te muestra las catástrofes más espantosas, no te las crees, entiendes? Puedes verla hasta el final sin miedo, y hasta te ríes. Igual. Con sus ojitos era lo mismo. Pero ahora, me entiendes? Dime, en serio, por favor dímelo: Qué hago? Comprendes que no puedo volver a clases? Y sabes lo que significa para mí que no pueda volver a ver esos ojitos? Que no pueda recordarlos como antes? Lo sabes? Sabes, pero puedes pensar, sólo eso, en el miedo a pensar? Sabes lo que es tenerle pánico a pensar? Estás entrando en el ascensor. Se cierran las puertas. El ascensor se tranca. Algo se estropea. Te quedas en medio de dos pisos. De golpe una de las cuerdas malditas se rompe. La otra a punto de romperse. El ascensor a punto de caerse. Tu te quedas temblando de miedo, esperando que alguien se le ocurra imaginarse que el aparato está malo. Llegan. Por fin. Los bomberos los gritos. Un imbécil, uno de los bomberos, que es un animal, da un golpazo y la única cuerda viva que sujeta al aparato se rompe y te vas con aparato y todo. Entonces pasas tres horas, imagínate, tres horas pensando cómo podrías salvarte. Cómo podrías poner las piernas. Los brazos. El cuerpo, para no despedazarte apenas te revientes con el choque. Entiendes? Y después de eso quedas mal y comienza de nuevo la maldita cosa a perseguirte y a metérsele por todos lados hasta que te ves ahogado de miedo y corriendo por cual-

quier parte como un loco. Entiendes? Te juro, te lo juro por todo lo que quiero en este mundo, te juro por mi perro, por papá por mamá por todo lo que quiero en el mundo, que me basta pensar en sus ojitos lindos, en sus ojotes, en sus ojitos chiquiticos, en sus ojitos achinados cuando la risa, grandotes cuando estaba seria, muy grandes y muy chiquitos y muy azules y de agua y azules y cosas negras y verdes y azules, y más agua y más azules, Dios mío... Qué lindos eran! Eran tan bonitos... Podía recordarlos en cualquier momento, en todo momento, y ese momento se ponía bueno y fresco como sus ojitos buenos y frescos y hasta los autos me parecían divertidos, con sus cornetas y sus colores y el escándalo de la calle y el cigarro y la tarde y todo. Entiendes? Mira: te voy a contar algo que no contaría a nadie. Oye. Fíjate. En casa, ves? hay una maceta. Pero oye bien. Fíjate: hay una maceta de esas donde se ponen maticas. Y esa maceta está metida en el salón de atrás. Bueno. Y de noche, cuando todos dormían yo venía y escondido bajaba al salón y me sentaba con mi caja de cigarros. Ya vas a ver: me sentaba delante de la maceta a ver las hojas. Las veía y esperaba minutos y minutos. A veces pasaba una hora y a veces dos horas, hasta que por fin Tin!: una hoja se separaba de la otra para crecer. Comprendas? Podía pasar dos y hasta tres horas. A veces hasta la madrugada esperando ver ese momento, justo ese momento en que la hoja se separaba, se desprendía de la otra para crecer. Comprendes? Nunca lo has visto? Las hojas están todas amontonadas, entiendes? Son hojas grandes, muy grandes, de esas plantas que meten en las macetas. Y las hojas están apurruñadas, y de golpe ves que una de ellas... Tin... se suelta, se mueve, se queda libre y crece, ves? Te das cuenta? Te juro que salto. Te juro que pego un brinco. No sé: me parece una cosa bellísima, comprendes? Maravillosa. Entiendes? Bueno. Ahora oye: ella era ese tin, ves? Ella era ese momentico en que las hojas hacían Tin, para crecer, entiendes? Justo ese golpecito de aire. Justo ese instante en que las hojas se movían, entiendes? Y después que lo veía, me sentía feliz, pensaba en sus ojos, y me iba a acostar. Todos los días. O casi todos los días. Y era feliz. Te juro. El tipo más feliz de todos los tipos felices que hay en el mundo. Ahora. Y ahora? Dime, en serio qué diablos hago? Dónde me meto? Ves que no puedo volver a clases? Dios mío! Y cuando papá y mamá sepan que me fuí, y cuando todo el mundo... Pero no puedo: subo la escalera, después la otra, después el pasillo. Entonces la puerta del salón. Apenas entro el profesor mirándome. No te lo dije? Comencé a llorar, entiendes? Delante de todos. Lloraba porque no podía hablar, entiendes? Se lo he dicho: Profesor, por favor, se lo ruego: no me pregunte nada en clase. No puedo hablar delante de la gente. Profesor, por favor. Se lo ruego.

No sé qué me pasa, pero no puedo responderle delante de todos: no! Nunca entienden! Maricones! Desgraciados! Tenía que decirme: dígame: raíz cuadrada yo no sé qué... que desgraciado. Y lo peor, ves? es que le grité a todos te juro: maricones! Infelices! Y salí corriendo, ves? Y mientras corría, me paraba, y les volvía a gritar todas las porquerías que puedes imaginarte. Entiendes? Sabes la primera escalera, la segunda, después el pasillo. Ese maldito pasillo que es como un maldito bostezo amarillo. Y después pasas entre las malditas columnas. Y llegas a la maldita puerta. Y entras. Y claro: regresó el loquito. El loquito vino a disculparse. Señores, perdonen. Yo el otro día día estaba loco. Por eso lloraba. Ustedes son gente muy buena. Son tipos muy inteligentes. Yo los quiero mucho. Profesor: me arrodillo frente a usted y le ruego que me perdone. Y ella, Dios mío! Comprendes? Ves que no puedo volver? No comprendes que no es verdad? Que lo que sí es verdad es que son una mierda? Que lo único que no era una mierda eran sus ojitos? Era ella? Profesor, se lo ruego: si usted me pregunta algo comienzo a sudar. Me da frío. Le juro que me da fiebre. Se me cierra la garganta. No puedo respirar. La piel me sangra. Todo me sangra por dentro. Se lo juro. Le juro que me da fiebre. No lo haga. Por favor profesor no se ría, que no le hablo en broma. Nunca me pregunte delante de todos. Se lo ruego profesor, pregúnteme cuando esté solo: nada. No saqué nada. Tenía que preguntarme. Y ahí todo el desastre, entiendes? Palabra que estoy cansado. Estoy cansado de todo. Del miedo, de todo. No sé qué voy a hacer. Pero por qué? Por qué tuvo que preguntarme? Por qué carajos no entienden? Y lo más horrible de todo no te lo he dicho. Fíjate. La única persona en este mundo, que yo pensé que podía entender el miedo, ese miedo que me perseguía: la única persona que podía entenderlo y que podía matar el miedo, era ella, ves? Y te voy a decir por qué: una vez estábamos en el patio. Tu sabes que el patio es grandísimo, no? Bueno. Estábamos en el patio. Habíamos salido de clases y estábamos en el patio. Bueno. Ella se estaba comiendo algo, y vi que después se metió un caramelito en la boca. Era lindo ver cómo se metía el caramelito en la boca. Pero no es eso. Oye. Sabes lo que hizo con el papelito del caramelo? Te lo voy a decir: teniendo un patio de más de ochocientos mil metros cuadrados, se lo guardó en el bolsillo del uniforme. Entiendes? Sabes lo que es eso? Yo estaba como a cien metros, como si leía un libro y lo ví todo. Comprendes? Un patio de más de ochocientos metros cuadrados, de más de mil, de dos mil metros cuadrados. Un patio más grande que mi casa la tuya y todas las cosas que puedas imaginarte, y fíjate lo que hizo: se lo guardó. Se lo guardó en el bolsillo. No te imaginas lo que sentí. Palabra que no podía creerlo. No puedes, nunca,

jamás entenderías. Palabra que no puedes imaginarlo. Fíjate: mil metros cuadrados. Se lo guarda en el bolsillo. Así mismo. O sea que no lo botó en el patio, entiendes? Se lo guardó. Así mismo. Se lo metió en el bolsillo. Y yo no me puse a llorar porque palabra, es que, en serio no puedes imaginártelo. Apenas salimos de clases la seguí. La seguí a unos veinte metros. Iba aterrado. Iba detrás de ella. Iba asustadísimo. Ella y yo atrás, hasta que, Ah bueno! Espérate. Yo iba detrás de ella porque estaba decidido a preguntarle si quería estudiar conmigo. O cualquier cosa. No sé. Pero lo del papelito me tenía como loco. Bueno. Entonces, sabes lo que ví? Sabes lo que hizo? Después de esperar un rato en la esquina, después de mirar como hacia atrás, pero sin voltearse, cogió y botó el papelito como si fuera una granada. Palabra. Puso la mano, así, levantada, como con miendo a que el papelito reventara como un petardo. Entiendes? Puedes entenderlo, no? Bueno. Fíjate. Por eso, ves? Por eso yo creía, ves? Que ella esperaba, podía jurarlo, que ella también, que ella esperaba todas las noches como yo, todas las noches frente a las hojas, todas las noches esperando ver el tin, ese momentico en que las hojas hacen tin, para crecer, entiendes?

